

## D. ANTONIO DOMÍNGUEZ ORTÍZ

Don Antonio ha muerto. Tan sencilla frase, está llena de mensaje y pesadumbre. Don Antonio Domínguez Ortiz acaba de morir y tras él ha dejado, no sólo un rastro de saberes, ideas y páginas en lo que fue —en su día— un erial historiográfico, sino que tras de sí ha dejado también un vacío que según pasa el tiempo nos hace sentir el frío...

Poco o nada puedo escribir de nuevas sobre don Antonio que no lo vaya a saber ya un lector de *Hispania*. Sin embargo, debo cumplir el encargo honorable, generoso, que se me hace; pero lo asumo con miedo: ¿qué decir de él?

Acaso que nos ha dejado, según la ponderada recopilación hecha por el Dr. Antonio Luis Cortés, cerca de 700 títulos mayores. Hablemos de *Orto y ocaso* o de los tres mil años de Historia sintetizados en 400 páginas; de sus estudios sobre las clases privilegiadas en el Antiguo Régimen o sobre los grupos marginados (judíos, moriscos, esclavos, gitanos, expósitos, prostitutas); de sus análisis sobre la Hacienda en época de Felipe IV o sobre el Estado en el siglo XVIII; de sus múltiples incursiones en la economía, la sociedad y las instituciones de la España de los Austrias o su autoría y dirección de reconocidos manuales de la historia española. Una labor historiográfica ingente, sin concesiones a modas y escuelas, con la fuente archivística como referente básico y con conceptualizaciones y recursos historiográficos a veces autodidactas, pero siempre desde una penetrante mirada personal —humanística— sobre los fenómenos, temas y personas objeto de su atención histórica. Esa ha sido una de sus enseñanzas: el historiador ha de saber proponer temas y métodos, sí; pero ha de saber sintetizar, construir una Filosofía Empírica de la Historia.

Anduvo a vueltas por la de nuestro pasado entreteniéndose, buscando explicarnos o enseñarnos lo que él iba viendo en sus muchas, muchísimas horas de archivo, a las que le acompañaba una prodigiosa memoria y una excelente cabeza, bien amueblada, sin huecos para hacer torerío de salón, palabrería confusa y vacua.

Se ha ido soñando con las ventas de títulos o cómo le influyó la Historia del Arte, o en lo afortunado que era porque la lucidez le ayudaba a escribir, a leer, a pensar aunque el organismo daba un susto acá y otro acullá. Pero era normal,

porque ya habían pasado 93 años de vida, desde que fue nacido en una humilde familia que le enseñó, sin duda, que el esfuerzo permanente es un valor en el ser humano.

Una tarde, tranquilamente, sosegadamente, todo se eclipsó. La pluma se tambaleó y no volvió a rasgar el papel. Los impactos de las teclas de la máquina se han silenciado también. Sólo quedan pesares y tristeza.

Nunca le gustaron las alharacas ni los oropeles. Fue generoso y tranquilo. Le habría encantado haber tenido un cocinero francés y no paraba de visitar pueblos, ciudades, palacios. Tenía ese sonreír senequista y escéptico tan «granaino» que sólo los de Granada sabemos bien cómo se llama y lo que quiere decir.

Miraba con los ojos caídos y bonachones desde el pasillo de la Facultad o desde el asiento del congreso científico. Oía a quienes hablaban. Escuchaba a todos y aprendía. Le angustiaba la cantidad de cosas que se publicaban por todas partes y la falta de poso que tenía tan ajetreado escribir.. Pero sabía bien que eran cosas que tenían que ser así... aunque no fueran buenas. Y a la vez inquiría, ¿tienen que ser así?

Del trato que tuve con él me fascinó su humildad. No hace aún medio año me mandaba un texto y me comentaba que había empezado a escribirlo y que lo había roto porque le parecía que se estaba repitiendo y eso no le gustaba. Una humildad «excesiva» en un hombre que había recibido los más altos premios y distinciones honoríficas desde el temprano premio de la Diputación de Sevilla en 1946. Desde entonces, pero sobre todo desde su jubilación como Catedrático de Enseñanza Media en 1979 los reconocimientos fueron continuos: Académico de la Historia y Correspondiente de otras Academias nacionales y extranjeras, Doctor *Honoris Causa* por las universidades de Granada, Central de Barcelona, Complutense de Madrid, Córdoba, Sevilla, Cádiz y Burdeos, premios Príncipe de Asturias de las Ciencias Sociales de 1982 y «Menéndez Pidal» de Investigación Histórica de 1986, Gran Cruz de la Orden de Alfonso X El Sabio, «Andaluz Universal» e «Hijo Predilecto» de Andalucía, entre otros numerosos reconocimientos.

Con él se ha ido uno de los «revolvedores» de la historiografía española del siglo XX. Su producción no se ha agotado, ni aun se agotará. Trató tal variedad de temas desde perspectivas tan innovadoras que no ha de haber estudiante o licenciado que empiece su andadura científica sin leer alguna de sus páginas sin que reflexione sobre alguna de sus infinitas y equilibradas ideas.

La veneración por el maestro y la persona seguirán alentándonos para continuar con el trabajo. Descanse en paz, don Antonio, y déjeme honrarle con las palabras de Cicerón en *El sueño de Escipión*: «Tú no eres mortal; sólo muere tu cuerpo».

ALFREDO ALVAR EZQUERRA  
Vocal Asesor de la Presidencia del CSIC